

El mañana puede hacerse cargo de sí mismo

O amanhã pode cuidar de si mesmo

The future can take care of itself

MARCO ANTONIO MILLÁN¹

Resumen: Este escrito se concibió originalmente como una conferencia sobre el futuro de la imagen digital y actualmente forma parte de una obra más amplia en la que se profundizan los temas aquí expuestos. En este sentido, se trata, en sentido estricto, de un avance de investigación de carácter ensayístico. El texto desarrolla, de manera articulada, los siguientes ejes temáticos: el extractivismo y el antropobsceno, el colapso y la teleoplexia, las inteligencias no humanas, la propuesta de una “epojé digital” y la reflexión sobre las imágenes del futuro rememorado, entendidas desde las cosmotécnicas o como una forma de pensar el futuro a partir de la “tradición”.

Palabras clave: Extractivismo, teleoplexia, epojé digital, imágenes no humanas.

Resumo: O artigo examina o papel dos algoritmos de recomendação das plataformas digitais na amplificação da desinformação durante processos eleitorais, com atenção especial a seus efeitos sobre a vulnerabilidade cognitiva dos cidadãos. A partir do episódio da *fake news* divulgada pelo então candidato à prefeitura de São Paulo Pablo Marçal nas eleições de 2024, à publicação de um atestado médico atribuindo o uso de drogas pelo adversário Guilherme Boulos, discute-se como a arquitetura algorítmica das plataformas favorece a circulação de conteúdos falsos, emocionalmente carregados e de alto potencial viral, contribuindo para a formação de ambientes informacionais assimétricos e de baixa reflexividade crítica. Observa-se, a partir do estudo de caso analisado, que a articulação entre

¹ Profesor-Investigador Titular de la Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, Ciudad de México. Email: mmillan@cua.uam.mx

arquitetura algorítmica, apelos emocionais e vulnerabilidades cognitivas conforma um vetor estrutural de ameaça à soberania informacional e à integridade dos processos democráticos.

Palavras-chave: Pablo Marçal; eleições 2024; mídias sociais; arquitetura algorítmica; plataformas digitais.

Abstract: This essay was originally conceived as a lecture on the future of digital imaging and now forms part of a broader work in which the topics addressed here are explored in greater depth. In this sense, it constitutes, strictly speaking, an essay-based research contribution. The article develops in an integrated manner themes such as extractivism and the anthropo-obscene, collapse and teleoplexy, non-human intelligences, the proposal of a “digital epoch,” and a reflection on images of the recalled future, approached through cosmotechnics or as a way of thinking about the future from the perspective of “tradition.”

Keywords: Extractivism, teleoplexy, digital epoch, non-human images.

Introducción

No habrá suficiente espacio aquí para reflexionar sobre la Inteligencia Artificial (IA) y la fotografía, las inteligencias no-humanas y la generación de imágenes desde el futuro que se anticipa, pero algo se adelanta -con el presente artículo- de una obra mayor en ciernes.

No albergo otra pretensión que no sea la de expresar de manera sumaria algunas perspectivas acerca de la IA desde un ámbito interdisciplinario. Preocupado por cuestiones que suelen estar ocultas en nuestro entorno tecnológico, deseo sacar algunas a flote y hacerlas un poco más notorias, sólo un poco más.

El mío no es un alegato contra la tecnología, sino, en todo caso, sobre las condiciones políticas, económicas, estéticas y ontológicas del sentido y la presencia de la tecnología en nuestro mundo y en cómo se ha erigido sobre la Tierra. El fondo de mi atención en la tecnología es, predominantemente, ontológico.

Comienzo por situar algunos ejes centrales en mi reflexión, que van desde el aceleracionismo hasta la crítica de la razón tecnológica y que pasan por suscribir una “époje digital”, para dibujar el futuro de las “tradiciones” en tanto cosmotécnicas y resaltar la devastación ecológica actual allí donde la tecnología y la IA desempeñan un papel protagónico, poco visible y lamentable,

pero también he de hacer notar que una cosa son las condiciones de sometimiento tecnológico desde una tecnopolítica, y otra muy diferente es la promesa de una tecnología que produzca otros futuros, fuera de la idea de la dependencia que ésta tiene del ser humano. Hacia allá va, no sin tropiezos y ajustes, la IA.

Si lo que propongo sirve para discutir algunos fundamentos para el análisis, habré cumplido el objetivo central y, asimismo, podré asegurarme de que los autores actuales que he elegido dan frutos en este tipo de encuentros. Confío en que así sea. Agradecido estoy especialmente con mis estudiantes, con quienes he compartido estos temas a lo largo de algunos trimestres. Comienzo por suscribir ampliamente lo que, sobre la IA, dice Kate Crawford:

La Inteligencia Artificial no es una técnica computacional neutral que tome determinaciones sin una dirección humana. Sus sistemas están integrados en mundos sociales, políticos, culturales y económicos, delineados por humanos, instituciones e imperativos que determinan qué hacen y cómo lo hacen. Están diseñados para discriminar, amplificar jerarquías y codificar clasificaciones estrechas. Cuando son aplicados en contextos sociales, como la vigilancia policial, el sistema judicial, la salud y la educación, pueden reproducir, optimizar y amplificar las desigualdades estructurales existentes. Esto no es casual. Los sistemas de IA están contruidos para ver e intervenir en el mundo de maneras que benefician a los Estados, las instituciones y las corporaciones a los que sirven. En ese sentido, los sistemas de IA son expresiones de poder que surgen de fuerzas económicas y políticas más amplias, creadas para aumentar las ganancias y centralizar los poderes de quienes las esgrimen. (Crawford, 2022, p. 321).

Estas consideraciones son muy precisas y la autora abunda en datos y cifras para demostrarlo, pero aun cuando podría pensarse que la IA es neutral y solo pareciera estar “indebidamente” utilizada, porque en el fondo se suele creer que la IA no es otra cosa que un desarrollo más que se suma a la evolución de las tecnologías, no obstante, valdría la pena ponderar de qué forma se suele considerar a la IA desde la “abstracción” por encima de la “extracción”.

Ambos caminos, el de usos concretos y crecientes de la IA y el del oculto extractivismo que la sostiene, subyacen en lo que expongo en esta parte. Un proyecto político y económico tomaba vuelo desde, al menos, el siglo XIX y aterrizaba claramente en nuestros días.

En 1848, cundía la fiebre del oro en San Francisco, California, y se cerraba el tratado Guadalupe-Hidalgo, mediante el cual los Estados Unidos de América desposeían de valiosos territorios a los Estados Unidos Mexicanos. Aquellos lugares donde confluían los minerales, los mineros, el oro y la plata de aquellos llamados “pioneros” de duros pantalones de mezclilla Levi Strauss, hoyse conocen como Silicon Valley, el valle de la tecnología digital. Un paraíso para

la IA. No es gratuito recordar y fusionar en unas líneas esos sucesos históricos, porque hablan de una continuidad del dominio de unos Estados sobre otros. De colonizaciones y neocolonizaciones. De las minas reales de pico y pala a la minería de datos, hay un camino oscuro. No ha cambiado mucho el fundamento: para hacer IA hay que extraer minerales. Si hubo una fiebre del oro, hoy existe una fiebre del Litio. Tesla está ahí, porque en Nevada, el Estado que está pegado a California, hay un yacimiento de Litio. El pueblo de Silver Peak es su testigo permanente.

Diré esto como una de las rutas de mi disertación: la IA implica una logística muy costosa de extracción, consumo constante de agua y combustibles fósiles, acompañados de guerras que involucran a la tecnología en diversos sentidos, contaminación y afectación de las capas geológicas de la Tierra. Los magnates de la IA están detrás de la actual administración del gobierno federal estadounidense. También los especuladores financieros. Los más desfavorecidos de la tierra no están. Nunca han estado.

Extractivismo y antroposceno

¿Qué puede significar que un ciudadano del siglo XXI consuma diez veces más minerales que un ciudadano del siglo XX? ¿Cómo debe comprenderse que en un Iphone existan dos tercios de elementos de la tabla periódica? (Parikka, 2021). Significa que debemos comprender una cosa segura: la tierra flaquea, colapsa. El antroposceno presupone un tecnoceno, de la misma manera que el transhumanismo entraña un posthumanismo. Daré algunas consideraciones que por mucho rebasan, para mal, el asunto del consumo de agua de la IA.

La Tierra paga las consecuencias de la materialidad de la cultura digital. De la obsolescencia programada y la ausencia de reparaciones de nuestros artefactos cotidianos a los acuerdos neocoloniales de la extracción de minerales que, en gran medida, conforman la geopolítica actual. Desde ahí nuestro planeta sucumbe. Las entrañas de la tierra alimentan las nubes de los datos. No hay nubes informáticas sin minerales. No hay datos sin perforaciones. La tierra, a grandes pasos, se convierte en un espacio lleno de agujeros, lodazales industriales, inertes, infértiles y putrefactos. Los instrumentos digitales intensifican su transformación en una dinámica de autoproducción sin precedentes: desarrollo tecno-económico. La aceleración es inminente y estructura temporalmente la acumulación de capital.

Aceleración no es velocidad: es el colapso del tiempo. Y del espacio habitable. Jussi Parikka es el pensador que nos orienta a mirar las tecnologías desde las humanidades a través de la “tabla periódica de los elementos”, donde se reúnen metales, metaloides y no metales. Ahí, en la tabla periódica, vemos al Litio (Li), con número atómico 3 y masa atómica de 6.938, alcalino. Un componente fundamental de la IA. Alrededor de 8,5 gramos de Litio portamos en las baterías de nuestros teléfonos inteligentes. Un auto Tesla necesita una batería con 63 kilos de Litio. La mitad del consumo total de hidróxido de Litio del planeta, aproximadamente 28,000 toneladas, lo consume Tesla.

La nube de la IA son edificios materiales, litio en salmuera -en apariencia de una extracción más respetuosa con el medio ambiente, pero fatal a largo plazo- y petróleo crudo. (Véase, Crawford, 2022, p. 57). Más abajo hablaré del carbono y el silicio. El canadiense McLuhan, consideraba los medios como extensiones del sensorio humano: se equivocaba rotundamente. Antes que extensiones, la tecnología entraña un compuesto de elementos nacidos de la Tierra, extraídos de ella. La tecnología, por tanto, no es artificial en sí misma, sino que tiene una base natural y a partir de ésta es que existe materialmente.

La inteligencia artificial, de esa forma, depende de 17 elementos de tierras raras: itrio, escandio, lutecio, iterbio, tulio, erbio, holmio, disprosio, terbio, gadolinio, europio, samario, prometi, neodimio, praseodimio, cerio, y lantano, conforman a nuestras laptops, pantallas, lentes de cámara, baterías recargables, teléfonos, etc. Pero también cables de fibra óptica y amplificadores de señales, es decir, la materia prima de la comunicación, la información, el periodismo, las redes sociales, la fotografía digital, etc. Lo que resulta es la necesidad de hacer, digamos, teorías de la comunicación, desde un vocabulario que enlace las nubes y los datos con la geofísica (exploración y extracción de recursos naturales), la geología (composición y dinámica de la tierra) y la geopolítica. Y que recupere la ontología de las entrañas de la epistemología. No hay minería de datos sin minas reales que saquear.

Y hay un poder real, un capitalismo real, para hablar como Mark Fisher (2016), que depende del consumo y del consumismo, que no es lo mismo. Y que se orquesta desde la lógica del mercado. Y, sobre todo, hay que pensar las ciencias de la comunicación sin temerle a la tecnología ni a la IA, ya sea por ignorancias o por nostalgias. Tanto Dipesh Chakrabarty (2008) como Jussi Parikka (2021) y Reza Negarestani (2016) elaboran profundamente la relación entre el antropoceno y el sentido histórico de nuestra existencia. Sin tierra no hay tecnología conocida, pero ¿habrá tecnología sin Tierra conocida? Por más

que las grandes industrias de la IA hablen de sustentabilidad, lo cierto es que hablan desde una tecno-ecología metafórica, lejos, muy lejos, de la verdadera afectación al clima, a la geología y a la demanda de energías.

Desde luego, no es la única industria que afecta a la vida del planeta, hay otras tantas. Es decir, un tanto peor para lo que desde aquí estoy exponiendo. Aurelién Barrau (2019), en un tono que refleja lo alarmante de la situación del todo de la existencia sobre el planeta, argumenta lo siguiente: “Recientemente, dos investigadores franceses han analizado trece mil artículos publicados en las revistas más importantes de biología (de unos cien mil científicos) y el resultado es demoledor: no hay duda alguna de la catástrofe desatada: la vida se muere y la tendencia actual es la aceleración de este proceso tan rápido. Ningún grupo queda a salvo, de pájaros a insectos, de mamíferos a peces.

En los últimos cuarenta años, más de cuatrocientos millones de pájaros europeos han desaparecido. Y en todo el mundo, alrededor de la mitad de la población de fauna salvaje ha muerto...Alrededor de mil millones de animales marinos son asesinados cada año...los seres humanos representan el 0.01% de las criaturas vivas, pero causan el 83% de las pérdidas del reino animal...” (Barrau, 2019, pp. 27-30) Para una tranquilidad superflua de los que aún consideran que la IA contamina poco, sin imaginar lo que adviene con su proliferación en las condiciones actuales, les gusta repetir algo que en sí mismo es escalofriante y no debería ser un consuelo tecnófilo: “la industria cárnica es una de las más contaminantes que existen, un kilogramo de ternera requiere diez mil litros de agua” (Barrau, ibid). Como se ve, la reciente discusión acerca de las imágenes de IA de los estudios ghibli y su consumo de agua, es sólo una pequeña muestra de cómo contribuye al deterioro ambiental.

Sin duda contribuye. Y seguirá contribuyendo, porque a diferencia de memes, emojis y preguntas al Chat GPT, hay detrás de ella (IA) intereses políticos y económicos en la reconfiguración de la geopolítica actual. Entidades marciales se agrupan alrededor de minas de metales alcalinos y alcaloides, así como de campos petrolíferos:

Los espacios-nema de las minas y de los campos petrolíferos atraen a nómadas y distintos tipos de entidades marciales, ensamblándolos como mercenarios, ejércitos de traición ligados a la privatización de las fuerzas militares que en la mayoría de los casos no pertenecen al Estado, sino a megacorporaciones multinacionales implicadas en los campos petrolíferos. Aunque estas empresas son entidades encastradas en el núcleo del Estado y se sincronizan con su política (y también se vinculan a la pobreza y al colapso tecno-económico y militar estatales), sus funciones son externas en relación con la economía y estabilidad ambientales del Estado. Estas fuerzas paramilitares o criptomilitares presentan peligros potenciales de golpes de Estado, insurgencia de clases, crisis etno-

nacionales e incluso invasiones de países extranjeros desde el interior (Negarestani, 2016, p. 137-138).

Y eso es, entre otras cosas, la Inteligencia Artificial. Destaco una cuestión ontológica relevante: no hay un desarrollo uniforme ni en tiempo ni en espacio de la cultura digital, lo cual, por sí mismo, aniquila la idea de universalidad de la ciencia y la tecnología. Más bien hay múltiples capas de sentido de lo digital, que van de lo paramilitar a las filas para conseguir un modelo reciente de smartphone, que van de la crueldad de la vida humana en las minas a la diversión de hacer memes, que van de una “sed de aniquilación” a un “colapso” ecológico.

Colapso y Teleoplexia

Se ha apoderado de nuestro planeta una singularidad tecnocapitalista. Los mercados que todo lo abarcan se van afianzando en la inteligencia artificial. El colapso es un anticipo de la llegada del futuro de una China renovada. Deng Xiaoping, el exlíder chino, es el rostro que adviene del futuro desde un pasado aún cercano. Entretanto, la biosfera se disuelve en la tecnosfera. Habrá calor.

El ser humano se convierte en el problema que el tecnocapitalismo tiene que resolver: superándolo. Ni las ideas de izquierda ni las ideas de derecha resuelven nada, hace tiempo que son parte de antagonismos que guardan una nostalgia de redundancias inconsecuentes.

El ser humano el ser-ahí no pudo ser el que habitaba para construir, sino que lo hacía para destruir, aunque, ciertamente, el ser humano es el ser que consume para producir, porque desde el consumo trae algo a aparecer. Luego vienen las explicaciones, es decir, las ideas, la episteme.

La Teleoplexia es, dice Nick Land, “*una intensificación cibernética*”, aunque el neologismo también designa la “*capitalización en su completa perversidad intencional*” (Land, 2021, p.30). Está, además, relacionada con “*la complejidad, la conectividad, la comprensión maquínica, la extropía, la libre disipación de energía, la eficiencia, la inteligencia y la capacidad operativa, definiendo un gradiente de mejoría a la vez absoluta e incierta que orienta la selección socioeconómica mediante mecanismos del mercado, tal como se expresa en términos de productividad, competencia y valor del capital*” (Ibid, p. 31). Lo que caracteriza este pensamiento es su inhumanismo radical, su oposición al poder occidental que llama “La Catedral”, cuyos principios fundamentados en la

Ilustración se han vuelto contra sí mismos. Un pensamiento neorreaccionario, cuyo mérito, acaso, consiste en asumir el colapso y plantear un futuro hecho desde el aceleracionismo tecnológico. Fin de la idea de progreso y de la idea de democracia desde la rectoría de un proceso ciberpositivo indetenible, desde la inevitabilidad del tecnocapitalismo. No parece haber contradicción entre el desarrollo del tecnocapitalismo y su hostilidad a la democracia. Trump tiene, por ahora, la palabra.

Nick Land, profesor en Warwick durante la época del apogeo de la Unidad de Investigación de Cultura Cibernética (CCRU) en los 90s del siglo pasado, junto a Peter Thiel y Curtis Yarvin, más conocido como Mencius Moldbug, son filósofos, todos ellos, vinculados de diversas maneras con la administración Trump. Thiel, como se sabe, no sólo es un filósofo, sino un personaje que ama las Startups (empresas emergentes) de Silicon Valley, fundador de PayPal e inversor de Facebook en sus inicios. Esta triada y otros personajes vinculados a Trump, como Steve Bannon y Elon Musk, son vistos y estudiados por sus críticos como *neorreaccionarios*, cuyas principales ideas consisten, dicho a groso modo, en ser hostiles a la democracia, a la competitividad del libre mercado (aman los monopolios), a la agenda woke, a las ideas de la Ilustración y al neopuritanismo como religión de Estado. Sostienen que hay que salir de los que llaman “La Catedral” -que no es otra cosa que las instituciones democráticas- y perfilan practicar una desintegración política como única praxis de libertad. Desde el transhumanismo tecnológico tienen su propia agenda. Y bien, sería una mera discusión teórica si no fuera porque, como lo demostró la toma de posesión del segundo mandato de Trump, son este tipo de personajes, junto a los magnates monopólicos de la IA, los que parecen delinear el futuro de la humanidad a su entender. El colapso, incluso en su versión apocalíptico-temporal-teológica, es lo que podría advenir. La idea hipersticional de la comunicación, también tiene ahí una peculiar versión. Debemos adoptar otra.

El capital, para Land, es el agente del aceleracionismo y lo que acelera es la extinción de la vida orgánica. No importa lo que pensemos de la tecnología, porque vivimos un momento donde la tecnología piensa más en sí misma: la cognición es un asunto no-humano. Mucho que reflexionar desde aquí. Aunque occidente no es el único protagonista del colapso, pues para Land: “*El colapso: síndrome chino-planetario, disolución de la biosfera en la tecnosfera, crisis terminal de burbuja especulativa, ultravirus y revolución despojada de toda escatología cristiana-socialista*”(Land, 2021, p. 50).

El aceleracionismo de Land, en particular, plantea una perspectiva que da pautas para pensar en un colapso planetario, vía la tecnología, que no es sólo occidental, sino chino-planetario. En los tiempos que corren, sería indispensable discutir esa idea de Land, según la cual China viene del futuro tecnológico, cuyo desarrollo fue posible por el control comunista. Una forma de hacer advenir el futuro desde el pasado. Ideas antidemocráticas parecen acompañar las perspectivas aceleracionistas. Yuk Hui puntualiza lo siguiente al referirse a las ideas de Land y sus efectos tecnopolíticos:

El aceleracionismo de Land es el más sofisticado de los varios aceleracionismos y es mucho más filosófico que la versión de izquierda, que se apoya en una comprensión de la tecnología más bien superficial. Su posición transhumanista, sin embargo, es otro tipo de «universalismo», uno en el que toda relatividad cultural es subsumida en una máquina cibernética inteligente, llevando así al colapso... (Hui, 2020, p. 38).

Cosmopolítica y Cosmotécnica son conceptualizaciones que hay que llevar a profundidad para elucidar sus alcances en este presente del tecnocapitalismo digital que colapsa y con él las imágenes del mundo.

Inteligencias no-humanas

Sabemos que la inteligencia humana no ha sido adecuada para mantener la vida sobre el planeta. La vida de las especies no-humanas se asoma a su total desaparición. Probablemente le siga el ser humano. Las inteligencias artificiales son inteligencias no-humanas que pueden trascender al ser humano ¿Podrá la IA hacerse cargo de lo que quede de vida en el planeta y reorganizarlo ya sin el lastre humano, según la perspectiva aceleracionista?

Por ejemplo, los más recientes prototipos de IA aplicada a la Imagen, permiten imaginar que han sido desarrollados bajo principios poco convencionales a la investigación sobre ciencias y tecnologías de la cognición.

La peculiaridad que presentan es que ya no intentan sólo “ver”, en el sentido de fijar una imagen a través de complejos algoritmos que se basan en millones de fotos cotidianas que se suben a las redes sociales, sino que partirían de dos principios inexplorados hasta ahora:

El primer principio consistiría en sostener que la vista humana no es simple retención de cantidades de luz y movimiento por las células de las retinas, sino que el cuerpo humano, en su conjunto y en su

disposición en el mundo, va haciendo emerger lo que vemos. Esto ha llevado a desarrollar un tipo de lentes que, a través de una interfaz, conecta los órganos sensibles del cuerpo que contribuyen a hacer emerger la imagen y que han sido probados en grupos focales para alimentar a los conocidos bancos de datos y así poder desarrollar a mayor plenitud lo que se ve y lo que se podría ser visto. Una segunda fase del experimento habría llevado a que la IA explore las mismas posibilidades con especies no humanas, tanto orgánicas como inorgánicas.

El segundo principio estaría fundamentado en datos recientes que muestran que la naturaleza de los órganos y sistemas, que conforman la experiencia humana interna al propio cuerpo, revelan que en el tránsito que va del cerebro a los órganos, por ejemplo, a los intestinos, ocurre una activación del eje hipotálamo-pituitario-arenal (HPA) que libera la hormona cortisol, medible según un programa de diagnóstico del estrés por IA. La relación de estos factores puede modificar lo que vemos o lo que se supone que la vista objetivamente debería de captar. Lo mismo que el principio anterior, se han diseñado experimentos altamente sofisticados que usan datos aleatorios tomados del análisis de los estados de ánimo que pueden rastrearse en las fotografías que inundan las redes y que suelen estar acompañadas de alguna palabra clave que indica el estado de ánimo de las personas. Los resultados, igual que en el punto precedente, serán experimentados en especies no humanas con el fin de anticipar y prever sus estados emocionales, donde los haya. Y como el estrés es la enfermedad del siglo XXI, la IA estará promisoriamente resuelta a atender esas vicisitudes. La visión de los estados corporales internos será, así, externada y puesta en una imagen.

Bien, según estos dos principios, lo que se podría esperar de la IA es que modifiquen nuestra manera de ver el mundo, nuestra manera de hacerlo imagen. De imaginarlo. Si examinamos las posibilidades de esos dos principios del desarrollo de la IA acerca de la mirada que capta la posibilidad real de otros mundos en este mundo, nos encontramos que las especies no humanas podrían brindarnos su “punto de vista” sobre la Tierra y sobre nuestro mundo (que no es el suyo), es decir tendríamos “fotografías” no humanas de lo humano. No humanas tanto por ser producidas por la IA como por las otras especies.

Como consecuencia de la segunda premisa, tendríamos una imagen, literalmente un retrato, de nuestra insospechada vida interna en la que, pongamos por caso, nos daríamos cuenta de qué manera la microbiota interactúa con las conexiones del cerebro, formando el caudal de imágenes que llamamos pensamientos y emociones, pero entregadas como una fotografía única, nítida e irremplazable por ser individual. Si este desarrollo que, por otro lado, compromete éticamente a los diagnósticos médicos y psicológicos, sigue su curso, tendríamos un panorama inédito de nuestro mundo interno más allá de resonancias magnéticas y tomografías. También, ciertamente, tendríamos acceso al mundo interno del estrés que sería fotografiado tal cual. Las legislaciones tendrán mucho camino que recorrer.

No debe olvidarse que las máquinas son entrenadas para ver y que lo aquí expuesto es consecuencia de eso. Señala Crawford: “los datos de

entrenamiento son, por lo tanto, los cimientos sobre los cuales se construyen los sistemas actuales de aprendizaje automático. Estos conjuntos de datos le dan forma a los límites epistémicos que gobiernan la manera en que opera la IA; en ese sentido, crean los límites de cómo la IA puede ver el mundo” (Crawford, 2022, p. 153). Esto también significa, como lo dice Luciano Floridi (2024), que hay IA para el bien social, pero también IA para el mal social, a través de diversos delitos explícitos e implícitos. No es nuestro tema, al menos en esta ocasión.

¿Qué consecuencias pueden advertirse de lo anterior?

Volveré al final de este escrito al asunto, cuando trate el tema del futuro rememorado.

Hacia una “epojé digital”

¿Qué presupuestos y cómo habrá que suspenderlos para mejor comprender a la inteligencia digital (artificial)? ¿Qué metafísica hay detrás de la ciencia y la tecnología actual? Consideremos que la tecnología y el universalismo científico son proyectos políticos de la modernidad occidental que se traducen, actualmente, como formas del tecnofeudalismo y la servidumbre digital voluntaria. Silicon Valley no es el prado de los sueños emprendedores, sino el anclaje de la monopolización tecnológica.

No obstante, hay presupuestos de la historia de la ciencia y la tecnología que hay que suspender. Ciertas consideraciones que damos por hecho cuando hablamos de tecnología y que actúan como auténticos prejuicios de muchos de nuestros juicios, tanto del conocimiento en general, como de la tecnología y la fotografía en particular. Una “epojé digital” consiste en suspender los presupuestos y, como se sabe, ir “a las cosas mismas”. Stiegler pensaba que nuestro momento histórico reclamaba una “epojé digital” a través de la cual quedarían suspendidas nuestras formas institucionales, artísticas, metafísicas y epistemológicas más arraigadas. Si de lo que trata este seminario internacional es de la fotografía y la IA, la tarea de suspensión es doble, porque hay que intentar pensar fuera de los presupuestos habituales tanto a la IA como a la fotografía.

Diré algunas ideas no menores acerca de esto en los límites de esta exposición. Primeramente, junto a Maurizio Ferraris (2023, 2024), suscribo el argumento según el cual existe una falacia trascendental que consiste en absorber la ontología en la epistemología sin el menor reparo de sus

implicaciones, de lo cual da testimonio el presupuesto de que lo que ES lo determina el esquema conceptual que le aplicamos, mismo que, a su vez, es resultado de otro esquema de ideas y que desemboca en la conocida frase de que “no hay hechos, sólo interpretaciones” u otras frases del mismo estilo. Esto se sostiene en la idea de que es importante pensar “categorías” que, en el fondo, lo que apuntalan es a la autoconciencia, dando pie a una multiplicidad de superficialidades que encuentran sustento en esa suerte de solipsismo epistemológico. Desde este enfoque se erige el grueso de las ideas u ocurrencias acerca de fenómenos estéticos o de la tecnología y la IA. Con respecto a esto último, lo que sea la tecnología y la IA y sus usos y abusos, sólo es posible saberlo desde el enfoque epistemológico adoptado para la ocasión, subsumiendo la ontología a dicho enfoque.

Contrario a esa inercia histórica y metafísica, Ferraris (2024, 2023) y Markus Gabriel (2017), desde el realismo positivo, reivindican la ontología, devolviéndole su lugar de origen y elaborando el asunto de la existencia de las cosas que son como son, es decir, de un mundo externo, independiente de esquemas conceptuales. Los objetos naturales son un ejemplo de ello, pero, asimismo es posible pensar en otro tipo de objetos, tales como los objetos ideales, los objetos sociales, los objetos técnicos y los objetos digitales. Desde esta óptica la Tecnología es un puente entre la Ontología y la Epistemología, pero también es la manera humana -en un sentido ontológico- de suplir carencias naturales biológicas y culturales a través de explotar recursos para el consumo. Comenzando por el consumo de calorías y el resguardo de energía corporal, para lo cual se trae algo a aparecer, es decir, se implementan tecnologías. Esto hace notar que el sentido de la tecnología adviene de la ontología y no de las categorías epistemológicas. Cuando las hay bien empleadas, siempre llegan después, son adyacentes. Aquí es donde hay que situar el asunto de los objetos digitales y el inevitable consumo de datos. Aquí es donde hay que mirar para penetrar de otra manera en la IA y la fotografía digital.

También es posible hablar de la suspensión de otro tipo de presupuestos. No está de más citar a Leibniz, influyente pensador del Siglo XVII, cuyos saberes confluyen en la filosofía, la teología, la política, el derecho, la física, la ingeniería, las matemáticas y la lógica. Es, quizá, desde estas últimas, que escribió lo siguiente, en 1701:

Puesto que se tiene la costumbre de utilizar la progresión decimal, y como algunos han empleado otros sistemas, quise considerar la progresión que fuera la más simple posible, que es la progresión binaria o la progresión geométrica doble. Primero vi cómo la decimal 10 significa diez, y 100 significa cien y 1000 mil, y 10000 diez mil, y 100000 cien mil y 1000000 un millón, y así sucesivamente, pensé que en la binaria 10 sería dos, y 100 sería cuatro y 1000 sería ocho y 10000 dieciséis y 100000 treinta y dos y 1000000 sesenta y cuatro, etc. Esto es lo que muestra el cálculo por sí mismo cuando sólo se emplean dos caracteres 0 y 1 (Leibniz, 2011, p. 303).

Leibniz estaba convencido de que con el 0 y el 1, podrían pintar los pensamientos. Leibniz pensó también que dios habría hecho las cosas de la nada. La nada y la creación, el 0 y el 1. Todo eso y más lo escribió para presentarle su sistema a un emperador chino de la época, a saber, KangXi, habilidoso en los números y, desde luego, en la caligrafía china, que tanto impresionaba al pensador de Leipzig.

Sistema binario como promesa de una inteligencia inédita, intercambio científico matemático con China y justificación de la creación del dios occidental. Una historia que no ha parado de tomar matices sin perder su dinámica: la imposición de un modo de entender a la ciencia, a la tecnología, a la religión... sobradas razones hallaríamos para justificar esa grandeza del pensamiento europeo, pero también podemos leer desde ahí el ascenso a la pretensión de universalidad del saber occidental, siempre antecedido, por las conquistas, colonizaciones y desplazamiento de otros saberes. Todo esto amerita otra epojé, otra suspensión de presupuestos. Imágenes del futuro rememorado. Cosmotécnicas o cómo pensar el futuro desde la “tradición”.

Para rememorar el futuro, hay que pensar lo que somos. Hablar de tecnología, necesariamente, implica hablar de ontología. Los conceptos se funden: ¿Quiénes somos en el presente tecnológico? ¿Qué tiempo es éste que impone respuestas en medio de una transformación acelerada? Si todo cae en el dominio tecnológico, entonces algo se transforma en la existencia. ¿Cómo delinear una ontología futura que advenga de lo que hemos sido? ¿Qué otra «imagen del mundo» adviene? Más precisamente dicho: ¿Cómo pensar la “tradición” en tanto futuro tecnológico desde la Tierra Natal?

Voy a intentar responder esto y con ello, seguir haciendo plausible el sentido del pensamiento de las ciencias de la comunicación desde la *Escuela de Cuajimalpa* de nuestra Universidad pública mexicana.

No es una cuestión menor -como observó atinadamente el ya citado Armen Avanessian- la de si podremos usar las tecnologías, por ejemplo, a la IA, para

controlar los problemas antropogénicos y antropocéntricos. Son muchos y en todas direcciones. Veamos.

La tierra ha resistido la embestida humana que, a la larga, ha representado, en su versión occidentalizada, un enemigo voraz. Nunca quisimos mirar a la Tierra desde miradas no humanas. No podíamos. Ahora la IA abre una puerta pequeña al lado del colapso y la sexta extinción masiva de la vida sobre la Tierra (Véase Barrau, 2024, p. 15) para asomarse a la posibilidad de cambiar el punto de enfoque desde la mirada de especies no humanas. Antes he abundado en los elementos del colapso, ahora ensayo penetrar en un túnel de complejo cifrado.

Un recurso para el debate de ideas es la noción de “hiperstición”. A diferencia de la “superstición”, que son falsas creencias, las hipersticiones son “*tecnimaginaciones (Flusser) que se alimentan de datos reales a partir de las ciencias naturales y el poder real de la tecnología*” (Avanessian y Henning, 2020, p. 44). Aunque el impulso viene de las teorías aceleracionistas de Nick Land, es un concepto usado con diverso provecho en debates actuales. A mí me da claves para ideas desde la *Escuela de Cuajimalpa*, en el sentido que abajo expongo. Colapso puede ser, también, una oportunidad de fragmentación.

Comparto la idea de Avanessian y Henning de que la ontología de nuestra presente digital, no está articulada solamente por *cómo son* las cosas ni debe pensarse sólo así, sino que debe ser pensada, la ontología, por lo que *tendrá que hacerse presente* desde la tecnología actual. Eso, para mí, pone una ruta por transitar que promete fecundidad. No se trata ya de discutir el presente, sino de hacer advenir el futuro, bajo la idea que es desde el futuro que el presente se hace real. Mackenzie Wark (2021), Mark Fisher (2018, 2021), Nick Land (2022) y Quentin Meillassoux (2023), han enriquecido la idea. También, me parece, algo de hiperstición se cuela en las ideas de Donna Haraway, cuando escribe acerca de lo *amoderno*, que sugiere “*una perspectiva de la historia de la ciencia como cultura que insiste en la ausencia de comienzos, ilustraciones y finales: el mundo ha estado siempre en medio de las cosas, en una conversación funcional e indisciplinada, lleno de actividad y estructurado por una sorprendente variedad de actantes y de colectivos desiguales conectados*” (Haraway, 2023, p. 58). La ontología que subyace a las ideas en las obras de esos pensadores y pensadoras que los conceptos sólo son reales (ontología) desde el futuro y en el pasado. Es decir, a mi juicio, un giro

ontológico que, además, responda a la “epojé digital”, solo puede ser posible desde el futuro que se vincula con la tradición.

Acerca de la descentralización del papel protagónico de los seres humanos en la tierra y las consecuencias que eso ha traído -expresadas arriba de múltiples maneras- la profesora de filosofía Francesca Ferrando, sostiene que

la centralidad de lo humano implica un sentido de desaparición e individuación del humano respecto del resto de los seres. Este acercamiento epistemológico no tiene sólo consecuencias éticas y sociopolíticas, en el abuso que ha infligido sobre alteridades no humanas, sino también posee implicaciones geológicas. El antropocentrismo está inextricablemente ligado con el ascenso del Antropoceno, el cual, más que un proceso aislado, debería tratarse como uno de los efectos de la cosmovisión antropocéntrica, basada en una visión autónoma de lo humano como un agente autodeificante (Ferrando, 2023, p. 182).

La idea sería descentralizar lo humano desde las oportunidades que brinda la tecno-diversidad y la perspectiva no humana de otras especies, a través de la propia IA. No es vano observar que, en la teoría de la fotografía, los marcos dominantes eran o aún son antropocéntricos y humanistas. Desde la historia del arte occidental al fotoperiodismo o la fotografía de autor, hay un humanismo inherente basado en supuestos estéticos y hasta racionales de la fotografía como una práctica, donde los artefactos son simples medios o herramientas serviles a esa justificación antropocéntrica. Ya no es más así. Hoy hay una clara tendencia maquínica, transhumana, que disloca los anteriores supuestos estéticos provenientes, en el fondo, de un proceso ilustrado. La consideración común y añeja de que la fotografía plasma el tiempo es una idea proveniente de ese humanismo ilustrado, occidental. No es casualidad que hayan sido Francia, Inglaterra y Estados Unidos, los que comenzaron a imponer maneras de ver y explicar el mundo desde la fotografía. El tiempo capturado es, en todo caso, el tiempo que creen concebir esas naciones en el juego de una retórica estetizada. Imagen y representación anudan el sentido último de este humanismo fotográfico. Necesario es suspender esos presupuestos o, al menos, entenderlos en su justa dimensión.

¿Quiénes introducen en México la fotografía en el Siglo XIX? Franceses, alemanes, ingleses y norteamericanos. Detrás de esto subyace un universalismo como producto intelectual occidental. Mejor dicho, la ejecución de una universalización, como proceso de modernización, a lo que acompañó la colonización y siguió la globalización, misma que parece que hoy se

tambalea bajo la lógica de los aranceles estadounidenses impuestos a buena parte del mundo.

Tenemos que mirar más allá de la arrogante razón humana que ha justificado un lugar ontológico privilegiado desde una cosmovisión que se ha universalizado como lógica científica y tecnológica. Más que una visión uniforme y universalista, hay que suscribir una tecnodiversidad desde las cosmotécnicas. Hay que fragmentar el futuro, como sugiere Yuk Hui.

En lo que sigue, intento sacar provecho de la lectura de los autores referidos, pero atravesando sus ideas desde la obra de Yuk Hui (2020, 2023). Hui es un ingeniero informático y profesor de filosofía, discípulo de Bernard Stiegler y que obtuvo su habilitación en filosofía de la tecnología. Ardua, por su profundidad, es la explicación que ofrece Yuk Hui acerca de la protención terciaria que es una condición de posibilidad para describir lo que es un objeto digital en un medio digital, que es una gramatización avanzada de relaciones discretas recursivas.

La idea de protención terciaria implica una síntesis de relaciones. En la lógica de las redes y de los algoritmos esto es muy relevante no sólo por su capacidad predictiva, por ejemplo, de comportamientos y deseos, sino de anticipación del futuro. La gramatización recursiva de los algoritmos hace posible traer algo a presencia que no existía. Traer algo a presencia significa activar el futuro que aún-no-es y montarlo en el ya-no-más de la tradición. Se trata, como dice Hui, de un modo de hacer lenguaje orientado por relaciones de sentido en el medio digital, donde dominan las relaciones. Toda relación de relaciones produce una orientación. *“La función primaria de las tecnologías digitales, como podemos ver, no es simplemente el representar objetos, sino materializar y acumular relaciones. Y sin estas relaciones no hay transparencia en la acción”* (Hui, 2023, p. 325-325). Sin estas relaciones no podríamos pensar en cómo sobrevivir al colapso vía la tecnología.

Bien. ¿Es posible usar las máquinas y la IA para desantropocentrizar el mundo cuyo desarrollo ha sido fatal para la Tierra y para el propio ser humano? También podría plantearse esta cuestión ¿Puede la IA hacer su propia “epojé” digital? ¿Tendría ventaja estar descentrada del ser humano y sus presupuestos para intentar un rescate de lo que quede de la vida en el planeta Tierra?

Antes de intentar trazar un camino a manera de respuesta tentativa, recordemos algunas ironías que merecen ser repensadas: ¿Cómo se podrá hablar de “resistencias” en medios digitales? Digamos que el clamor de una lucha social legítima, se expresa por medios digitales y a través de fotografías

digitales y que por ese sólo hecho ya está montada (la supuesta “resistencia”) al flujo del tecnocapitalismo. En otras palabras, ¿Cómo podré reclamar justicia, solidaridad, reconocimiento o resistir para sobrevivir, si de antemano se han entregado todas las imágenes a bancos de datos que harán una integración funcional al flujo de ganancias de los datos de las grandes corporaciones del tecnoceno? Al menos en un primer momento y según el funcionamiento actual de la tecnología en el capitalismo y su aceleración, “resistir” desde las redes sociales es una falacia.

Aquí vuelve a ser manifiesto que el reconocimiento de la base de una ontología, como la del realismo positivo, garantiza que al no haber “sólo interpretaciones” hay una posibilidad de justicia y supervivencia objetiva y que, quizá, eso es lo que podamos esperar del futuro de las imágenes generadas por inteligencias no humanas. No se trata de simples procesos de resignificación ni de retorno a nada específico, sino una mirada hipersticial desde el futuro.

Y desde los objetos digitales, porque a diferencia de otros recursos, la materialidad de estos objetos es intrínseca a su funcionamiento. Por ejemplo, la materialidad del carbono y el silicio (que es el segundo elemento más abundante después del oxígeno) que

pertenecen al mismo grupo en la tabla periódica. Sus electrones tetravalentes con cuatro electrones activos en la capa externa hacen que combinen con otros elementos mejor que ningún otro grupo. En consecuencia, según algunos teóricos, aunque se trata de un metal el silicio tiene el potencial de comportarse como una materia viva. Pharma-Silicio (Avanessian, 2021, p. 71-72).

En los robots de última generación se usa el silicio. Da qué pensar sobre la mirada futura. ¿Tenemos que pensar el futuro de la fotografía en el mundo tecnológico actual? O más bien ¿Necesitamos saber qué mundo queremos para la fotografía del futuro? Necesitamos ejercicios hipersticiales. Necesitamos suspender juicios y prejuicios. Al menos, en principio, desde la Universidad.

Yuk Hui, propone un cambio de inteligencia en las máquinas, que deje atrás las inferencias lineales y pase a una operación digital recursiva. Recursión entendida como reflexividad, una forma no lineal de razonamiento. Ya no aplicar reglas dadas de antemano, que van de lo universal a lo particular, sino que encuentran sus propias rutas inéditas desde reglas heurísticas. Esto es lo

que ya, en esencia, hace la IA. Escoger entre opciones la más óptima es el recurso de la inteligencia humana y no humana. Escoger los mejores datos de consumo para la supervivencia en la Tierra. El objeto digital es, ontológicamente, el recurso para producir y suplir las carencias biológicas y culturales humanas. Mas no puede seguir funcionando todo bajo la lógica del tecnocapitalismo, por lo que hay que buscar su aceleración para desantropocentrizar el mundo y desoccidentalizarlo o, mejor dicho, para volver a regionalizar a occidente (Véase Chakrabarty, 2008).

Hui sugiere una tecnodiversidad, una fragmentación de la linealidad histórica que confronte el colapso. Al universalizarse la modernidad, también ha universalizado al capitalismo y, desde luego, a la ciencia y a la tecnología, como vehículos de autoridad epistémica. Todo, como se ha visto, a un precio muy alto para la vida en la Tierra. Hay que dismantelar -en sus palabras- la cultura monotecnológica. Optar por diversificar las tecnologías, presupone diversificar las formas de vida y de coexistencia: “*Sin tecnodiversidad no podemos sostener la biodiversidad*” (Hui, 2020, p. 104).

Consideraciones finales

Para finalizar este escrito, diré que he procurado dar un panorama a manera de tablero de avisos. He ofrecido una perspectiva preocupante del colapso de la Tierra y cómo contribuye la tecnología a esa situación catastrófica, pero como decía el poeta alemán “ahí donde hay peligro crece lo salvador”, de tal forma que es en la propia tecnología donde descansa un futuro posible que, ciertamente, tendrá otras características y, ojalá, otros propósitos.

Habitualmente, los enfoques hacia la fotografía se mantienen atentos al pasado, ya sea como testimonio, como creatividad o como estética de la memoria u otros semejantes y confluyen en la idea general que lo que capta la fotografía es el tiempo mismo. ¡El tiempo mismo! Un asunto, sin duda, ontológico, que suele pensarse más desde la epistemología o las intuiciones trascendentales, aunque su verdadero trasfondo suela ser teológico. Hoy día, si Dios no ha muerto, entonces es Digital y eso nos lleva a otras coordenadas de sentido. El futuro es el tiempo de la fotografía y la IA.

Histéresis más que mero registro. La fotografía digital, los datos, su almacenaje y uso, dotan de sentido a la histéresis, que es la reunión entre materia y memoria. Sin materia no hay memoria, he ahí el asunto de los minerales. Y sin memoria no hay materia, porque la materia requiere un registro

que la defina como materia. También he aquí la ontología defendida: hay algo, digamos materia, independientemente de lo que creemos saber y hay minerales que al interior de la IA podrían conducirse hacia rutas inéditas y desantropocentrizadas. Hemos ofrecido alguna reflexión acerca de esto.

Joanna Zylińska, afirma algo semejante: “*La fotografía, como medio, ha estado asociada tradicionalmente con el pasado: se ha erigido en medio por excelencia de la memoria, del tiempo pasado o incluso de la muerte*” (Zylińska, 2024, p. 246). No se puede captar un “presente” sin que, simultáneamente, se haga pasado. ¿Cuál es la relación de la fotografía con el futuro? ¿Y de este con la tradición y la memoria? Y más urgente aún: ¿Cuál es la relación con la muerte? La muerte siempre es futura. Es un buen ejercicio ontológico examinar por qué la muerte no está en un retrato de alguien muerto o en la nota roja: cuando se retrata al muerto ya ha sucedido la muerte. Cuando se fotografían las catástrofes ecológicas desde el espacio exterior, es que ya han sucedido. La muerte tiene un sentido ontológico, ya luego vienen las interpretaciones.

Bajo la perspectiva tecnológica, la vida será un software que evoluciona aleatoriamente. La vida, de hecho, nunca ha sido concebible sin la ayuda tecnológica. Nunca. Por eso pensar la vida y la muerte no es ajeno a pensar la tecnología. La IA es una manifestación de esa ontología. Arriba ofrecí un par de ejemplos hipersticiales del uso de una tecnología para mirar desde una perspectiva no humana, incluso mirando dentro de nuestro propio cuerpo. Valga esto para aclarar algo importante: la forma en que el uso actual de la tecnología se encarga del futuro, no es lo que aquí hemos propuesto, porque de eso ya se ocupa la ficción y la publicidad. Yo he hablado de algo muy distinto: la tecnología en la generación de imágenes futuras que muestren el punto de vista de las especies no humanas y, acaso, a través de ellas descentrar el protagonismo humano como especie que está llevando al colapso a la Tierra con su proyecto de mundo. Queda mucho por pensar y debatir y, sobre todo, de renovar nuestras perspectivas temáticas haciendo teoría y filosofía de la comunicación desde nuestra *Escuela de Cuajimalpa*.

Referencias

AVANESSIAN, Armen. **Meta-futuros**. Barcelona: Holobionte, 2021.

AVANESSIAN, Armen; REIS, Mauro (orgs.). **Aceleracionismo**. Buenos Aires: Caja Negra, 2021a.

AVANESSIAN, Armen; HENIGG, Anke. **Revista Xenomórfica**, Barcelona, n. 1, p. 36–49, jun. 2020.

BARRAU, Aurélien. **¡Ahora!**. Madrid: Espasa, 2019.

- BARRAU, Aurélien. **Anomalías cósmicas**. Madrid: Alianza Editorial, 2024.
- CHAKRABARTY, Dipesh. **Al margen de Europa**. Barcelona: Tusquets, 2008.
- CRAWFORD, Kate. **Atlas de inteligencia artificial**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2022.
- FERRANDO, Francesca. **Posthumanismo filosófico**. Segovia: Materia Oscura, 2023.
- FERRARIS, Maurizio. **Realismo positivo**. Segovia: Materia Oscura, 2023.
- FERRARIS, Maurizio. **Webfare**. Segovia: Materia Oscura, 2024.
- FISHER, Mark. **Realismo capitalista**. Buenos Aires: Caja Negra, 2016.
- FISHER, Mark. **Constructos Flatline**. Buenos Aires: Caja Negra, 2022.
- GABRIEL, Markus. **Sentido y existencia**. Barcelona: Herder, 2017.
- HARAWAY, Donna. **Las promesas de los monstruos**. Barcelona: Holobionte, 2023.
- HARMAN, Graham. **Hacia el realismo especulativo**. Buenos Aires: Caja Negra, 2023.
- HUI, Yuk. **Fragmentar el futuro**. Buenos Aires: Caja Negra, 2020.
- HUI, Yuk. **Sobre la existencia de objetos digitales**. Segovia: Materia Oscura, 2023.
- LAND, Nick. **Teleoplexia**. Barcelona: Holobionte, 2021.
- LAND, Nick. **La ilustración oscura**. Segovia: Materia Oscura, 2022.
- MEILLASSOUX, Quentin. **Después de la finitud**. Buenos Aires: Caja Negra, 2023.
- NEGARESTANI, Reza. **Ciclonopedia**. Segovia: Materia Oscura, 2016.
- PARIKKA, Jussi. **Antropobsceno y otros ensayos**. Santiago de Chile: Mímesis, 2021.
- PARIKKA, Jussi. **Una geología de los medios**. Buenos Aires: Caja Negra, 2021a.
- VV. AA. **Hiperstición**. CCRU. Segovia: Materia Oscura, 2021.
- WARK, McKenzie. **El capitalismo ha muerto**. Barcelona: Holobionte, 2021.
- ZYLINSKA, Joanna. **La máquina de percepción**. Madrid: Akal, 2024.

Recebido em: 28/10/2025

Aceito em: 11/02/2026